

Crónicas y casos del narcotráfico. Dos novelas de José Libardo Porras

Juan Carlos Orrego Arismendi

Las drogas se dejaron sentir en la literatura colombiana hace más de un siglo con las alusiones que, en sus páginas, algunos modernistas díscolos hicieron a sus experiencias con el hachís y otras sustancias clandestinas. Particularmente, el contemporáneo asunto del tráfico de drogas ha tenido su explosión novelística en las dos décadas más recientes, y pueden citarse, al acaso, títulos y nombres como *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Cartas cruzadas* (1995) de Darío Jaramillo Agudelo, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco Ramos, *Plutón* (2000) de Evelio José Rosero, *Hijos de la nieve* (2000) y *Happy Birthday, Capo* (2008) de José Libardo Porras, *Comandante Paraíso* (2002) de Gustavo Álvarez Gardeazábal y *Delirio* (2004) de Laura Restrepo para comprobar que en el subgénero han tomado parte escritores de indiscutible

prestigio. Sin embargo, a las novelas de José Libardo Porras corresponde una significación especial en medio de tan altisonante conjunto.

José Libardo Porras Vallejo nació en Támesis en 1959 y, tras debutar como escritor con *Es tarde en San Bernardo* (1984), publicó su primera novela en 2000. *Hijos de la nieve* narra la historia de Carlos Alberto González —*Capeto*—, un joven medellinense que, ante la precariedad de su vida de empacador de pasas, acaba mercadeando base de coca. Vendrá entonces, para él y su familia, un destino de súbito enriquecimiento, desajuste idiosincrásico, inéditos temores, corrupción y tragedia. Cuando la historia agoniza, Capeto ha sido confinado en la cárcel, su hermana es la viuda de un traficante y —entre otros dramas— la madre ha muerto a causa de su imparable derrumbe moral. Se



Maripaz Jaramillo, *Barrio Alameda*, serigrafía, 64/100, 1984.

trata de una trama que es, a todas luces, representativa de mil y un casos ocurridos en Medellín.

De *Hijos de la nieve* acaso

pueda decirse que es una

novela de ritmo pasivo, morosa en la descripción de situaciones relativamente previsibles y nada pretenciosa en el desarrollo de personajes cuyo perfil poco tiene que ver con epopeyas o aventuras (que podrían esperarse en una trama donde hay muchas cuentas por saldar). Pero ahí reside, justamente, su importancia: costumbrista al modo contemporáneo, la novela busca reflejar con fidelidad — que mucho tiene de precisa gradualidad— los hechos más íntimos de una crítica realidad nacional; es la crónica justa de un proceso social cuyos detalles solo podrían ser captados, acaso, por un juicioso etnógrafo que se

entregara con todo misticismo a un prolongado trabajo de campo. Se entenderán las dificultades de esa apuesta, donde los lectores jueces no son tanto los iniciados que han leído estos o aquellos libros sino los incontables ciudadanos que han vivido, en carne propia o dolorosamente próxima, la historia —o enfermedad crónica— de la que Porras busca plasmar un perfecto resumen.

El novelista cosecha en la experiencia común los elementos que integran el decorado y los actos de su obra. Las reuniones entusiastas tienen lugar en *El Chócolo* o *El Indio*; el detergente es *Fab* y el pollo *Kokoriko*; alguien tararea aquello de “la calle es una selva de cemento”; los vendedores ambulantes adornan sus carretas de buhonería con escudos del *DIM*, y el ocioso que escucha la palabra *Comfama* improvisa una parodia obscena en clave de rima consonante. Mientras tanto, la extravagancia del nuevo rico traficante se manifiesta en billetes derrochados —alguna vez, escatológicamente, en reemplazo de papeles íntimos—, alcobas con camas giratorias y

ocurrencias mestizas como la de combinar whisky con morcilla. Con plena conciencia, Porras ha zurcido selectos lugares comunes cuyo resultado es el argumento del que cualquiera puede sentirse protagonista. Se trata de los mismos recursos preferidos por Fernando Vallejo, con la diferencia de que la aplastante voz del ogro anula cualquier asomo de comunión con el lector.

Pero que *Hijos de la nieve* apueste por los trazos generales de una historia representativa no significa que no interesen a su autor los perfiles particulares. De hecho, uno de sus botines literarios —el Premio Nacional de Literatura, modalidad cuento, de 1996— corresponde a un hábil estudio de hipertrofias individuales: las *Historias de la cárcel Bellavista* (1997). Del mismo talante es la novela *Happy birthday, Capo*, basada en el último día de la vida de Pablo Escobar Gaviria. El Capo, encerrado en la casa que será su última guarida, pasa revista a los actos de su existencia; pero, aunque sea su cumpleaños, la colección de recuerdos exhala un olor de atenuada melancolía

más que de apasionado balance de cierre: la exaltación parece estar en los demás, en quienes, por influjo de diversas obsesiones —venganza, despecho, codicia, corrupción, inocencia, hambre de justicia— se encargan de estrechar el cerco hasta el abatimiento del protagonista.

Es imposible pasar por alto que, si la primera novela se alarga sobre los pesados años que hacen la gloria y caída de un servidor de la nevada coca, *Happy birthday, Capo* se concentra apenas en un puñado de horas. Quizá ocurre que el autor, a paz y salvo con la necesidad de hacer sociología del narcotráfico, ahora puede entregarse a un gesto más novelesco. Ya no es la exigente radiografía de lo que todos conocen lo que ofrecen sus páginas, sino la personalísima estampa del estertor de un personaje mitológico. Si Albert Camus imaginó los sentimientos que bullían en el alma de Sísifo cada vez que su rutina maldita lo obligaba a descender la colina en busca de la piedra, Porras discurre ahora, a su gusto, las lucubraciones de un hombre que, a un paso del pelotón de

fusilamiento, se permite el gusto caprichoso de dar rienda suelta y neutral a su imaginación.

Happy birthday, Capo sortea el riesgo de participar en la tradición amarillista que, como una plaga, invade todos los libros inspirados en los movimientos, contorno y sombra de Pablo Escobar. Y en buena parte también evita el expediente de dibujar al criminal como héroe —de hacerlo Robin Hood, como aconsejaría la cosmovisión popular que tanto interesa en *Hijos de la nieve*—, si bien se perciben algunas homilías solidarias con el padre alejado de sus hijos o con el hijo arrancado del lado de la madre. Sin embargo, domina más la sensación de que en aquellas páginas se está ante la exploración literaria de una situación universal: un hombre curioso de cara a su muerte inevitable. Quizá se trate, entonces, de una impensada reescritura de *La muerte de Iván Ilich* de Lev Tolstoi.

Con todo, no puede concluirse que *Happy birthday, Capo* sea una novela ajena a la reflexión específica sobre la carcoma del narcotráfico. Porque si no

es el voluminoso protagonista el mejor pretexto para construir densos y nutritivos cuadros de la vida social, el entorno dibujado para su caída sí se acomoda a esa función. Mientras el capo parte su último pastel de cumpleaños, en la alegórica ciudad descrita se maquinan diabólicos convenios entre la fuerza pública y el hampa organizada, se compran peregrinos servicios de mercenarismo internacional y se devoran entre sí, como peces dementes, los que antes se hermanaron en los estridentes ritos del polvo blanco. Quizá por eso la conclusión del relato es, sin que quepa esquivarla, una pregunta de punzante actualidad: “¿Qué pasará con la muerte del Capo? ¡Nada! Todo seguirá igual”.¹

Crónica y estudio de caso del universo narcotraficante es lo que hay en dos novelas de José Libardo Porras. Por fortuna, no solo hay diversidad en las técnicas de matar o de llevar la cocaína entre las maletas.

¹ José Libardo Porras, *Happy Birthday, Capo*, Planeta, Bogotá, 2008, p. 240.

Juan Carlos Orrego Arismendi
es Profesor del Departamento
de Antropología de la Universidad
de Antioquia.